

LA ÚLTIMA CENA

ADÁN ECHEVERRÍA

Caminamos por la avenida donde la luz mercurial y los espejos de la música espantan el sueño. Cada dos esquinas el mordisqueo en el cuello y los labios. Llegué pasadas las doce a Playa del Carmen. No sabía de la nueva terminal de autobuses, así que tuve que caminar unas veinte cuadras para llegar al embarcadero y poder cruzar a Cozumel. Habían transcurrido unos tres años desde mi viaje anterior. Terminaba mi tesis de maestría sobre genética de pecaríes, y el último criadero seleccionado de estos tayasuidos, de los que debía obtener muestras sanguíneas, se encontraba en esa isla. Lo había visitado sólo una vez, cuando viví allí una temporada, al acabar mi matrimonio.

Pocas cosas me asustan, pero deambular de noche en este pueblo me hace estar alerta. Tal vez mi precaución se deba a su cosmopolitismo. Tantos gabachos, y sudamericanos que vienen huyendo de la caída económica de su país. Los bares y las licorerías permanecen abiertos las veinticuatro horas, con el consentimiento del cuerpo de policía local. Hay que andarse con cuidado.

La labor iba a ser sencilla. Había planeado cruzar en el último ferry que, según yo, zarparía a la 1:30 de la mañana, alquilar una habitación sencilla en la Cabaña del Amanecer, en la 10 norte, esperar que aclarase para ir a casa de los Coldwell y muestrear a los animales de su criadero. Ahí me esperaba Humberto, un veterinario

que me ayudaría a sujetar los pecaríes para inyectarles el sedante. Por más que me apuré, al llegar al embarcadero el *ferry* de las doce había partido, y el próximo saldría hasta la mañana. Estaba encabronado pero decidí tomarme una chela en algún bar. Dejé las maletas en un casillero que renté en el ADO y vagué por la quinta avenida hasta encontrar un sitio que llamara mi atención.

—Eso de andar copiando en todo a los gringos, “la quinta avenida”, qué originales. Y aquí me tienes en El Cielo, —le había comentado a Lilia cuando la conocí.

El lugar estaba repleto pero logré colarme hasta la barra y pedir una cerveza. El hombre a mi derecha dijo: llegas tarde, terminó la barra libre. Volteé a mirarlo y con desgano indiqué que no importaba.

—¿Ves esa pelirroja?, lleva rato ligando. Buenísima, isi no tuviera ya una piel! Le acabo de mandar una copa. Quédate, si viene decimos que tú la invitaste.

Al salir de El Cielo, nos separamos de Ernesto, quien me había ofrecido su departamento para pasar la noche, y fuimos por mis cosas a la estación de camiones.

Lo que me dijo Ernesto en la barra no me inquietó lo más mínimo. No podía dudar. En un antro, a merced de desconocidos, hay que fajarse los huevos y que todo te valga madre. La mujer era todo un ícubo. A pesar de la penumbra, los ojos almendrados destacaban bajo los párpados ensombrecidos de gris y plata. Traía el pelo muy corto y desarreglado con esmero, su vestido color crema, cuyo escote terminaba justo en el inicio de unas nalgas robustas, le apretaba los muslos; la tela, sedosa, pegada al cuerpo, dejaba entrever el hilo dental que presumía. En la luz del bar creí que su piel era muy blanca. Sólo después, cuando comencé a besarla, me di cuenta que era trigueñita.

He intentado dejar de entusiasmarme por los tatuajes. Mi ex esposa presumía una ranita en el omóplato izquierdo, cuyo recuerdo me es aborrecible ahora por la falsedad que me llegó a representar. Se han hecho una moda cualquiera, hasta es interesante ver una piel sin marcas. Lo que me sorprendió fue que la pelirroja tenía dibujada la cola de un alacrán alrededor de todo el cuello, y el cuerpo y las tenazas le bajaban por el pecho. A simple vista, parecía lucir un collar de perlas negras. Definitivamente hermosa, y para mi fortuna, con los senos diminutos y respingados. Indiqué a Ernesto que aceptaba. Y ella vino hacia nosotros.

Una vez en el criadero de Cozumel, durante los muestreos, Humberto capturó los animales con una red de aro y pisándoles el cuello, los mantuvo inmovilizados para que yo aplicara el sedante y pudiera sacar las muestras de sangre. Para experimentar he llegado a probar algunas dosis del sedante en mí, y pude descubrir que, bien

aplicadas, se puede tener un viaje interesante. Con un poquito más, se adormecen los músculos, pero los sentidos siguen alerta.

Primero la pantomima y luego las presentaciones: era Ernesto. La “piel” que lo acompañaba se llamaba Diedry, una negra enorme, que me hizo pensar que él debía ser buen amante para servirse a semejante hembra. Lilia, indicó mi pareja cuando nos dirigimos a bailar.

El día de trabajo en el criadero de Cozumel pudo hacerse largo, pero la capacidad de Humberto para someter a los animales resultó decisiva. Fue en esas faenas cuando pude ver sobre su pecho el brillo malta de un enorme escarabajo grabado en la piel aleteando sobre mis recuerdos y doliéndome en las neuronas.

Ernesto ofreció seguir la fiesta en su departamento frente a la playa, en la zona norte del poblado. La terminal de camiones queda en la misma dirección, pero en paralelo, a unas siete u ocho cuerdas, y como tenía que ir por mis cosas, me escribió la dirección en una servilleta y se adelantó con Diedry.

Cuando llegamos al departamento me percaté que Lilia sí me había sacado sangre de los labios y de la oreja con sus mordidas, y esperaba desquitarme. Ernesto y Diedry nos dejaron en la sala. De mi maleta, sin que Lilia se diera cuenta, saqué un frasquito de ketamina y una jeringa, de las que uso para anestesiarse a los pecaríes.

Me escabullí al baño a curarme la oreja, y aproveché para preparar la dosis y esconder en la manga de mi camisa la jeringa. Regresé y recostados sobre el sofá, comencé a besarla. Cuando Lilia me arrancó la camisa del pecho, puse la droga detrás de una almohada, recosté su cabeza y continué besándola. Fue al momento que sus uñas se enterraron en mi espalda, cuando la penetraba hasta el fondo, que le mordí el cuello, tomé la jeringa y la inserté en una de sus enormes nalgas. Continué lamiendo y enterrando suavemente los dientes, mientras su cuerpo se iba durmiendo entre mis brazos.

Le introduje el miembro en la boca y me daba risa su rostro descompuesto y el extravío en los ojos por el viaje que daba inicio. Sé que no se dio cuenta cuando le arranqué los pezones. Y mientras mis dedos hurgaban su entrepierna, a dentelladas fui arrancando y saboreando cada trozo de carne de su vientre sudado; como pedacitos de coco iba degustando esas piezas que luego tragaba. Uno tiene que haberse acostumbrado al agrisado sabor de la carne cruda para disfrutarlo. Lo que me sigue emocionando es su expresión cuando pudo darse cuenta que algo pasaba, se percató de mi boca y dientes ensangrentados; pero no logró inclinarse a ver qué era exactamente. Fue mucho mejor cuando sus ojos se abrieron al máximo y gritó al verse herida.

Luego de divertirme un rato, fui sobre su cuello para apagar sus latidos, ¡qué instante tan hermoso! La sangre corría con lentitud

sobre las tenazas del alacrán. Es tranquilizador dejar que los miedos escapen de uno y vayan a guardarse al cuerpo de la presa. Es la mejor manera de sentirse libre.

Al medio día regresé a Playa del Carmen, en el *ferry* México III, desde la Isla de Cozumel. Me despedí afectuosamente de Humberto. Me sentí agradecido por su ayuda para deshacernos de todo el material que utilizamos, donde, sin que se diera cuenta —ya se lo contaré cuando lo vuelva a ver—, puse las jeringas utilizadas en aquellos compañeros de El Cielo. Es extraño, pero estoy seguro que Humberto quiso flirtear conmigo. Quedamos en ir a cenar alguna vez.

Quizás pude seguirmela cogiendo, pero los gemidos de Diedry y los resoplidos de búfalo que emitía Ernesto desde la habitación, me desconcentraron. Eso, sumado a la terquedad de la pelirroja por gritar, sus tenues arañazos, y ese pequeño impulso por levantar la cadera y darme profundidad, mientras se le escapaba la vida, me hicieron terminar pronto, y una mujer no me interesa después de eyacular.

Preparé otras dos dosis y me arrastré hasta la cama. Eran hermosos cogiendo. Debía asegurarme de salir ileso de este incidente. Estaba satisfecho, así que solamente me comí sus ojos y sus lenguas. Cerré el departamento y los dejé gimiendo a su suerte. Aún conservo la llave.

Camino por la quinta avenida y muchos locales aún se encuentran cerrados. Miro la quietud del pueblo. Tratándose de un crimen de esa naturaleza, es obvio que la gente tenga miedo. Comienzan a notarse los policías y militares por las esquinas. Resulta irrisorio. Voy bajo el gigantesco sol hacia la terminal de autobuses, en mi nevera llevo las muestras de sangre de los pecaríes que vine a buscar. Humberto también se ha quedado en la memoria. Durante todo el viaje hacia Mérida pensé en ese tatuaje de escarabajo rojo que le cubría parte del pecho, y cuyos élitros parecían agitarse cada vez que movía los brazos. Lo contemplé largamente durante las capturas. Fijé en la memoria la forma en que se adhería la piel sobre los omóplatos cuando atrapaba a los animales con la red.

Espero afuera del laboratorio la amplificación del *a-d-n* de los pecaríes. Mientras consumo un cigarrillo voy de la piel de Lilia hacia el pecho de Humberto. Pienso en esos pequeños senos, de pezones respingados, en el olor de sus brazos y en el amargo sabor de su sangre. También en el grosor de la espalda y el movimiento de cintura de Humberto. Conservo la marca de los dientes de Lilia en mi oreja, hay que saber llevarse. Humberto llegó en la mañana, me habló por teléfono desde el hotel. Esta noche cenaremos juntos. LC